

comprensión en cuanto mediada necesariamente por una serie de pre-concepciones (nivel ontológico del análisis) con el hecho de que cada comprensión se da por medio de unos pre-juicios que, en la medida en que resultan de una determinada sedimentación de la tradición (nivel óntico del análisis), pueden no ser adecuados.

Por último, quisiéramos apuntar una objeción que afecta al entramado mismo de *El lugar de la crítica*. Si bien es cierto que el esfuerzo crítico del autor se centra en las figuras de Habermas y Honneth, pensamos que el planteamiento radicalmente histórico de la crítica que se propone afecta a toda filosofía política de corte trascendental. En este sentido, no queda suficientemente justificado si las objeciones que se plantean son válidas para todo enfoque trascendental. Expresado de otro modo: si aceptamos que la obra pone en cuestión a la filosofía trascendental en su conjunto, esta crítica sólo es válida si se presupone que Habermas y Honneth son las únicas concreciones posibles de esa filosofía, lo cual es más que discutible. Aún más: se podría argumentar que las deficiencias detectadas por

J. M. Romero en ambos autores se explican precisamente por haber propuesto un modelo descafeinado de filosofía trascendental. Que Habermas y Honneth no sean capaces de trascender el marco normativo de la sociedad moderna capitalista, ¿implica necesariamente que otros modelos de crítica trascendental hayan también de quedar presos de esa misma limitación?

Sea como fuere, los problemas planteados en *El lugar de la crítica*, i.e. la historicidad y el carácter perspectivo de la crítica, el peligro de ideologización de aquellos modelos de la crítica que parten de una determinada visión de lo humano y sus necesidades básicas, la sospechosa complicidad entre los planteamientos de corte trascendental y la sociedad moderna capitalista, constituyen un reto a asumir por cualquier filosofía política que pretenda ser teóricamente consistente y socialmente transformadora.

Àlex Mumbrú Mora

Universidad Internacional de Catalunya
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-0397-9504>

DIFICULTADES TEÓRICAS ANTE LA TRANSFORMACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA POLÍTICA

Fernando Vallespín y Mária Martínez-Bascuñán, *Populismos*, Madrid, Alianza, 2018.

El ensayo firmado por los politólogos Fernando Vallespín y Mária Martínez-Bascuñán significa una contribución teórica necesaria al estudio de un fenómeno práctico polimorfo, como es el del ascenso del po-

pulismo y la crisis de las reglas de juego de la democracia representativa. Es inevitable no leer el libro sin tener en la cabeza el ensayo de José Luis Villacañas –*Populismo* (La huerta vieja, 2016)– sobre este modelo de movilización política, al que se considera efecto de la confluencia fáctica del Estado de derecho con los intereses de los grandes poderes neoliberales, de suerte que se pre-

vé su aparición siempre que los ciclos de crisis sistémica se agudicen, esto es, mientras que la articulación institucional republicana no empiece a oír la llamada de referentes más elevados que los de una oligocracia económica. Los autores comparten algunos balances analíticos con esta interpretación. En efecto, no ocultan sus inquietudes ante las incógnitas que ofrece el presunto cambio de paradigma de la práctica política que el populismo ha difundido a nivel global, conectando con amplios sectores de la población, que hasta el momento se sentían identificados con estructuras de autoridad y deliberación alejadas de las presiones de lo que cabe entender por una democracia radical. «[E]l populismo ha entronizado ya un nuevo paradigma en la práctica de la política democrática y en la forma en la que comenzamos a percibirla» (p. 16), se sostiene al comienzo del ensayo, pero ello no debería eclipsar el hecho de que el populismo cuenta con una dilatada dimensión histórica, en la que predominan los momentos de pérdida de referentes comunes y la desafección con respecto a las élites, sin que esta carencia de principios se vea sustituida por algo demasiado distinto a un malestar generalizado y a una indisposición completa frente a las fuerzas más conservadoras. En realidad, la conclusión de su análisis, prolijo y capaz de suministrar un mapa relevante de populismos de izquierda y de derecha, a su vez desplegados en una pluralidad de manifestaciones, subraya los indicios que sentencian la incapacidad de este nuevo estilo político para superar la fase de una mera reacción emocional de rechazo o resistencia frente a una tradición política que se considera arruinada simbólicamente. Así pues, el lector se ve conducido

por paisajes familiares y actuales, sin que se le ahorren llamadas de atención a a propósito de la debilidad de la hipótesis según la cual nos encontramos en un *cul de sac* en términos políticos, que no conseguirá inventar ninguna estructura fiable para reorientar y controlar las reclamaciones colectivas, al tiempo que horadarásocialmente los pilares de nuestro mejor patrimonio jurídico y político.

No se oculta en este libro la dificultad para alcanzar una definición mínimamente satisfactoria del populismo como pauta de acción política. Por el contrario, en la estela de I. Berlin y partiendo de una leve inspiración weberiana, los autores recalcan la naturaleza poliédrica de su objeto de estudio, en la que reconocen más que un programa o una ideología concreta, una «lógica de acción política» (p. 55), especialmente emergente en ciclos de cambio social brusco y caracterizada por una invocación constante a un pueblo con una fuerte carga emocional, simplificadora y contraria a toda perspectiva pluralista de la sociedad, toda vez que la obsesión con el posicionamiento de un «nosotros» frente a un «ellos» igualmente graníticos interrumpe las mediaciones y aborta de inicio el diálogo necesario entre sectores sociales diversos. A juicio de los autores, una presentación semejante dejaría entrever algunas de las principales deficiencias de esta comprensión excesivamente simplista del sujeto político, pero también de la articulación y procedimientos institucionales, de la misma manera que del vínculo social, una valoración que explica objeciones de peso dirigidas en el texto a autores como E. Laclau, Ch. Mouffe y J. Butler. Es elocuente, por ejemplo, la afirmación de que la «cadena de equiva-

lencias» entre demandas heterogéneas propugnada por Ernesto Laclau «al final contribuye a expulsar al no «equivalizable», al otro que no entra en el molde» (p. 271). Si la primera parte de la obra se centra en la imposible definición unitaria del populismo, la segunda —¿*Por qué el populismo?*— se ocupa de las situaciones y razones que explicarían el *boom* de lo que estiman una reacción a varios niveles a injusticias sociales experimentadas como consecuencia de la restricción de la democracia en tiempos de globalización. Siguiendo el dilema descrito por D. Rodrik, los autores señalan que el populismo pretende contrarrestar esta tendencia exigiendo limitar la globalización, sin reflexionar suficientemente sobre los cauces que permitirían globalizar una democracia estable, más allá de los esquemas modernos del Estado-nación. Idéntica atención merece la aparición de estrategias *backlash*, contrarias a toda concepción del progreso político como ampliación progresiva de derechos e integración de minorías, basadas en un diagnóstico infantilizado de los problemas de nuestro tiempo y unidas por el deseo de criminalizar sin criterio todo el dispositivo institucional de la tradición republicana. La pérdida del consenso liberal-democrático dominante desde la posguerra europea, la pérdida de la debida cohesión social y la creciente tecnocratización de la política dibujan una coyuntura propicia a la decadencia del modelo de la democracia liberal, antes símbolo de modernidad política, y por tanto ventajosa para el arraigo de propuestas populistas.

Hasta aquí resulta difícil no extraer provecho de la intención de cartografía y sistematización que el ensayo se propone. Más discutible supone la asociación del popu-

lismo con un contexto de aceptación y producción sistemática de lo que ha venido a calificarse de «posverdad». Si bien se atiende a las consecuencias derivadas de la transformación de la función que en pasado desempeñaba la autoridad política, de la misma manera que a las desaparición de los medios de comunicación tradicionales y al surgimiento de un «mercado de atención» (Webster) extremadamente cambiante y dinámico, como elementos determinantes de toda una metamorfosis del espacio público, el juicio general de los autores no considera que modificaciones tan sustanciales del modo en que actuamos y nos comunicamos merezca una sustitución radical de lo que se ha venido entendiendo por medios de diagnóstico e intervención políticos. Más que percibir en estas pautas de cambio oportunidades para reorganizar el suelo de la vida política, los autores llaman nuestra atención hacia amenazas reales procedentes de la enloquecida producción actual de imágenes y discursos que influyen sobre las opiniones que nos formamos sobre lo que presuntamente está pasando. En esta línea, se dan cita la creciente dificultad para discernir lo que es factual frente a las patrañas ideadas por un conglomerado de intereses, de la misma manera que la cultura de los *bullshit* (H. Frankfurt), las cascadas de *fake news* o la *news mimicry*, que constituyen evidentes peligros de un espacio público que ya no alcanza a someter los discursos que circulan en él a los mínimos filtros de veridicción. En todo caso, del recorrido por esta fase performativa de la acción política se siguen prácticas de *networking*, que Vallespín y Martínez-Bascuñán no consideran capaces de *organization-building* (p. 187), por cuanto resultan impotentes para crear el

«mundo común», sin el que en la estela de Hannah Arendt no habrá tomas de posición fiables sobre lo público.

La pluralidad de populismos que protagonizan la cuarta parte del ensayo exhibe un conocimiento sin duda extenso de los diferentes movimientos a los que cabe adscribir la etiqueta populista. Sin embargo, la atención concedida al ejemplo de derivas del populismo en España –*Podemos*– y a algunos análisis de Íñigo Errejón sobre la articulación de las energías progresistas de la sociedad consigue equiparar los objetivos políticos formulados por esta fuerza política con agendas racistas y claramente regresivas como la del *Front National* de Marine Le Pen o los despóticos Orbán y Kaczynski, resultado que no beneficia a los propósitos de disección compleja y huida de toda simplificación que los autores se han marcado. Estos dibujan un diagnóstico del origen y evolución de *Podemos*, según el cual las dinámicas de construcción popular y de consecución de la hegemonía simbólica con la ayuda de una «máquina mediática» (p. 239) se han visto seriamente golpeadas por el principio de realidad representado por las estructuras de partido disponibles, lo que explicaría también el giro a la izquierda experimentado por esta agrupación, «algo a lo que le ha obligado la propia geografía parlamentaria» (p. 246), añaden Vallespín y Martínez-Bascañán. Se trata de una valoración posible, pero que a mi entender responde a esquemas interpretativos que no logran salir de la lógica de legitimación de un modelo de representación excesivamente ligado a estructuras de partidos anteriores a la metamorfosis de la captación y transmisión de la información acontecidas en los últimos veinte años. Si bien

es innegable que la profundidad de mirada atribuida a las élites se ha visto mermada en los últimos tiempos, no lo es menos la ampliación de foco en el campo político que ha conducido a interesarse por los asuntos que las sociedades tienen en común a un número inusitado de individuos. Un proyecto como el de *Podemos*, ligado en su nacimiento a la integración en la decisión y en la administración de lo político de masas de jóvenes antes desafectos de un régimen de cosas del que no se sentían partícipes, habría sido merecedor de un lugar de honor en la formación de un «mundo común» que proteger y desde el que articular la discusión política. No se entiende francamente demasiado bien que a renglón seguido del «populismo en España» aparezcan manifestaciones tan mostrencas como las rastreables en Hungría y Polonia. A pesar de que todo movimiento político sospechoso de veleidades populistas se vea obligado a defender su orientación republicana, resulta hartamente llamativa la costumbre de calificar al populismo como la matriz de todas las fuerzas negativas de la política. El saldo arrojado por el ensayo podría resumirse en realidad en el siguiente pasaje conclusivo: «No deja de ser sintomático que la ideología que más crece en el siglo XXI no sea en realidad una ideología, ni siquiera de mínimos, a pesar de lo que digan los politólogos. Es una forma de construir discursivamente un Gran Rechazo [...]. Si no tomamos nota de lo que lo explica y enmendamos las muchas deficiencias económico-sociales y políticas que lo han revitalizado, dejará de ser un «síntoma» para convertirse en una *opción*» (p. 278). El escepticismo con que este ensayo nos deja frente a la posibilidad de que el populismo se convierta en una op-

ción real de desempeño del poder nos habla también de nuestros propios miedos y de la lentitud con que los esquemas políticos aceptan que los instrumentos para alcanzar consensos perceptivos han cambiado, de la misma manera que los cauces de reconocimiento social y legitimación civil. Asimismo, hemos avanzado tanto en el conocimiento detallado de los arcanos que otrora rodearan al ejercicio del poder, que da que pensar si nuestras ancestrales imágenes epistemocráticas no estarán oponiendo una indeseable resistencia a una democratización de la experiencia de la re-

presentación política que supere precisamente la asociación del gobierno y la gestión administrativa con profesionales de la política. Se sienten ya nuevos vientos que apuntan en esa dirección y que sugieren aumentar mediante prácticas como el sorteo y la rotación la responsabilidad política concreta y material de los sujetos comunes.

Nuria Sánchez Madrid

Universidad Complutense de Madrid

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4273-5948>